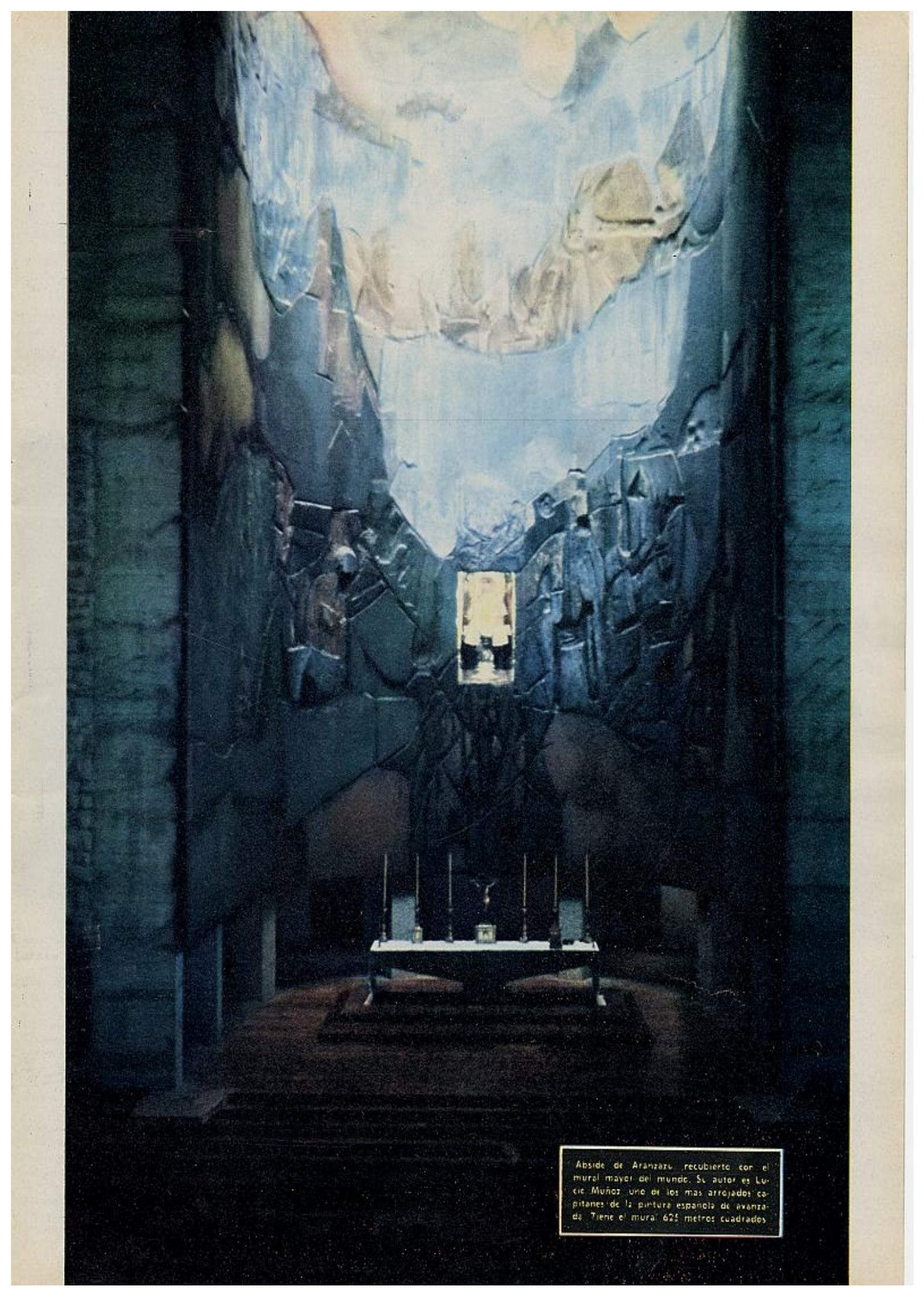


Aránzazu, como lugar de milagro y camino de fe, va a cumplir cinco siglos. En el corazón de la montaña vasca, la Virgen de Aránzazu, Patrona de Guipúzcoa, vive al calor —por la arquitectura, la pintura y la plástica fieles al sentir de hoy— de las máximas novedades del arte español contemporáneo.

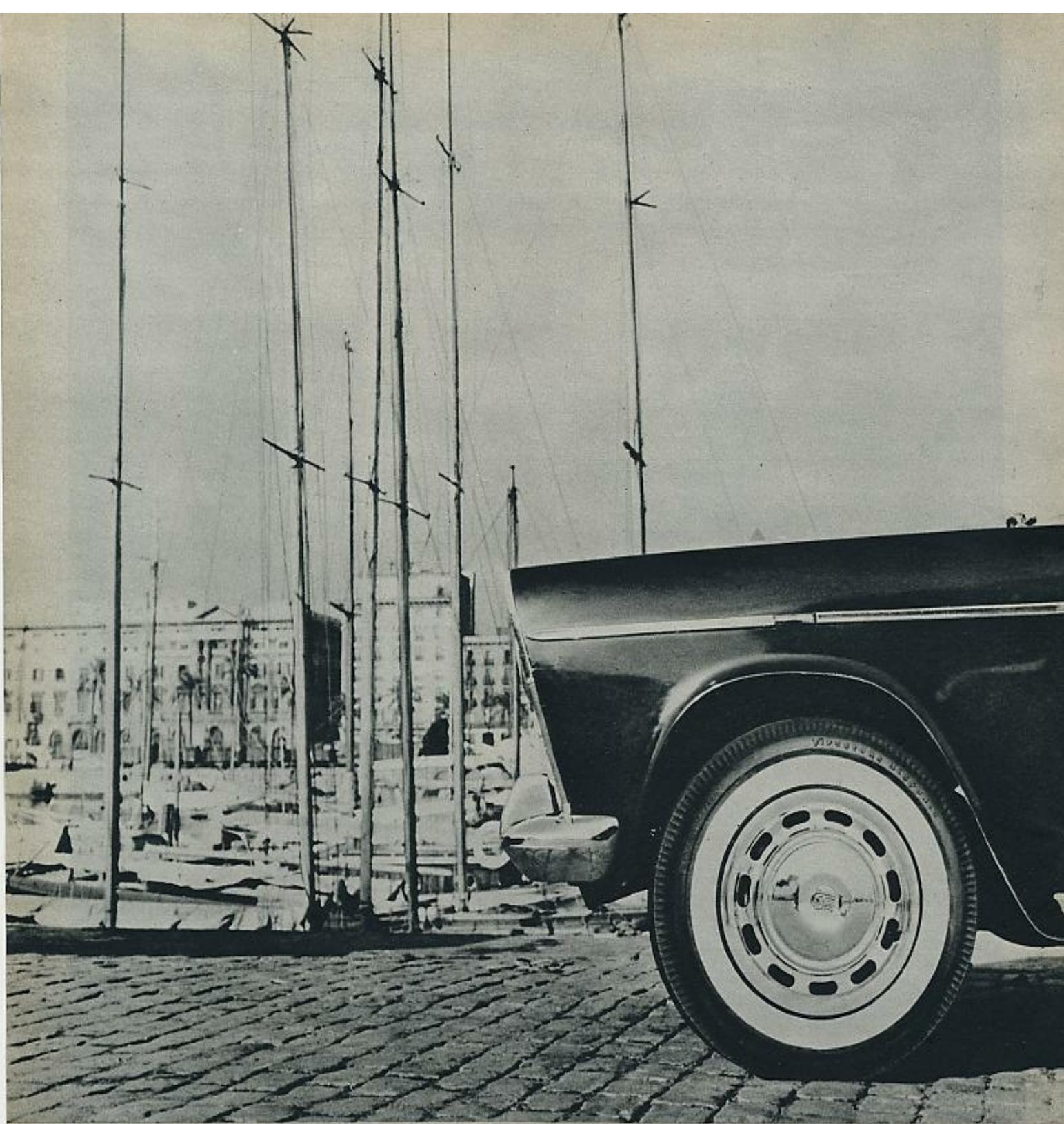
ARANZAZU

ARTE NUEVO PARA EL MURAL MAS GRANDE DEL MUNDO

¿Qué significan esas montañas y esos árboles y esas piedras que ahí están ante usted y yo? ¿Qué significa todo eso para mí? ¿Qué «es» todo eso que ha inspirado en buena medida este mural de Aránzazu? Todo eso es, sobre cosa alguna, energía. Es decir, algo vivo, que mueve nuestra vida, que actúa sobre nuestro pensamiento. Todo lo que está a nuestro alrededor, y lo que está más allá del alcance de nuestra mano, y lo que movemos y lo que nos mueve, es algo pleno de acción, dinámico, vivo, ¿comprende usted? Algo que vale la pena de vivirse enteramente: esta maravillosa realidad de las cosas que construyen nuestro mundo, pero que no son siempre cosas maravillosas por la forma con que ellas se ofrecen

The photograph captures the interior of the Abside de Aranzazu, a church in Aranzazu, Spain. The most striking feature is the extensive mural that covers the entire interior surface of the apse, including the walls and the vaulted ceiling. The mural is a complex, multi-colored composition, likely depicting a religious scene. In the foreground, a simple, dark wooden altar stands on a small platform. The altar is topped with a white cloth and holds several lit candles in tall, dark holders. The lighting is dramatic, with the mural appearing to glow from within, while the rest of the interior is in deep shadow. The overall atmosphere is one of historical grandeur and artistic significance.

Abside de Aranzazu, recubierto con el mural mayor del mundo. Su autor es Lucie Muñoz uno de los más arrojados capitanes de la pintura española de avanzada. Tiene el mural 625 metros cuadrados.



08314

En cualquier ruta... a cualquier velocidad... con cualquier tiempo... ¡miles y miles de kilómetros de confort y seguridad!

cubiertas

Firestone
SUPREME

de dibujo trenzado



RECOMENDAMOS ESPECIALMENTE LA SUPREME "SIN CAMARA"



Para aquel que sea conocedor de las intimidades del arte español contemporáneo, la obra de Lucio Muñoz es inconfundible. Este es un ejemplo. Corresponde a la parte central de la gran decoración mural de Aranzazu, y en ella volcó el joven pintor de Madrid todo el saber de su ingenio, todo el poder de su energía.

a nosotros, sino por la tensión que su energía pone en nuestro sentir.

Así es la obra de invención de Lucio Muñoz: cosa real, tomada de la realidad, arropada según la realidad es, múltiple, abierta, alegre, o una, complicada y terrible, siempre viva, cargada de energía hasta su última posibilidad de acción. La realidad se llama en el país guipuzcoano, Aranzazu, y la realidad, arropada con las galas de Aranzazu, se llama aquí, en su expresión de las artes nuevas, Lucio Muñoz.

¿Pero qué es Aranzazu y quién Lucio Muñoz? ¿Y por qué tal hermandad ahora, aquí, en esta noticia informativa? Habrá que volver en el tiempo y contar la historia de Aranzazu, la basílica fundada en el mismo lugar en donde un pastor, Rodrigo de Balzátegui, encontró en 1469, entre aromas de leyenda y flores de santidad, la Imagen de Nuestra Señora que hoy se venera en el santuario guipuzcoano. «Los comienzos del siglo XVI conocen los caminos de herradura que trazan los peregrinos para ascender a la fragosidad de Aloña. Desde Francia y desde Flandes llegan las caravanas. Y todo vasco que regresa de la conquista del Nuevo Mundo o de la arriesgada circunvalación del Cabo de Buena Esperanza, le ofrendará sus obsequios. Y en los testamentos resonará el nombre de Aranzazu, como la redención de una existencia de espaldas a la piedad.» Son palabras de fray Pedro de Anasagasti.

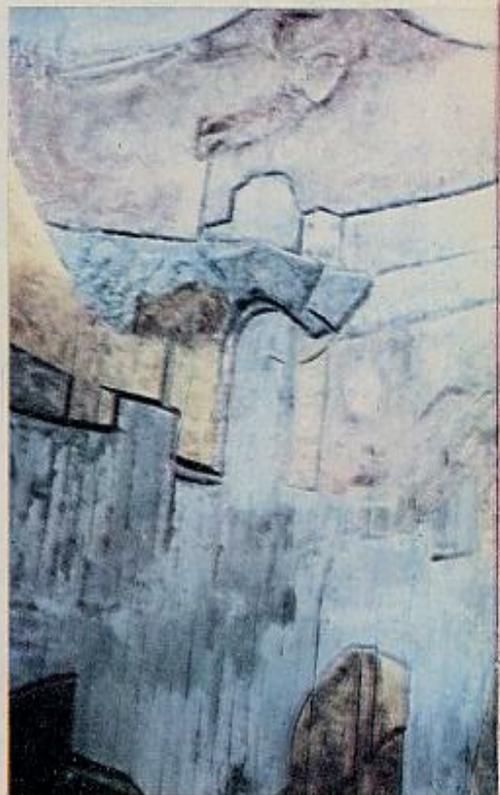
Aranzazu medró por el milagro y la fe. Fue choza, ermita, iglesia y santuario de noble porte arquitectónico. Y aun después, pasadas numerosas vicisitudes, solar para la elevación del nuevo santuario que habría de acoger en el tiempo nuestro a la Excelsa Señora con la jerar-

SIGUE

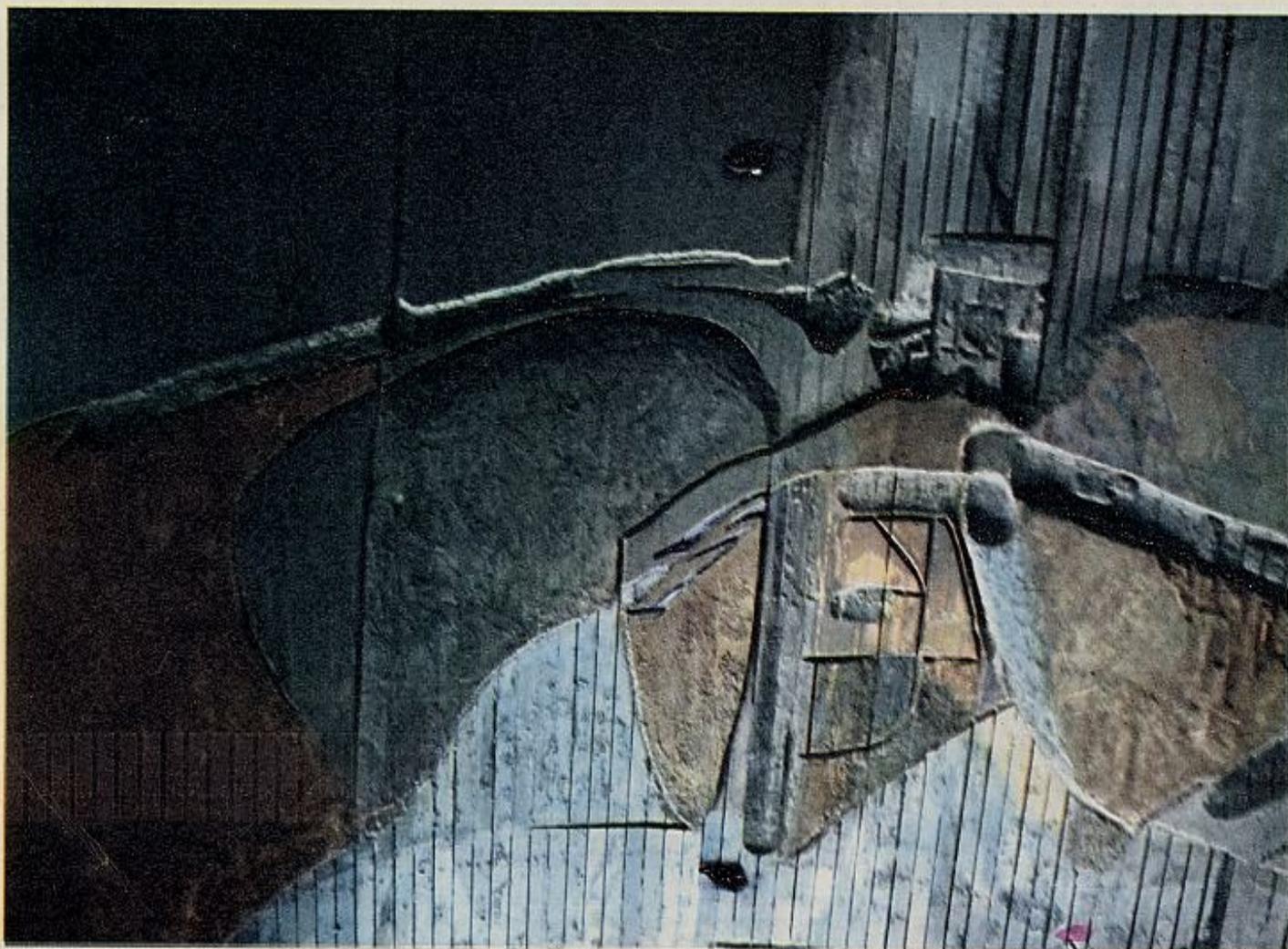


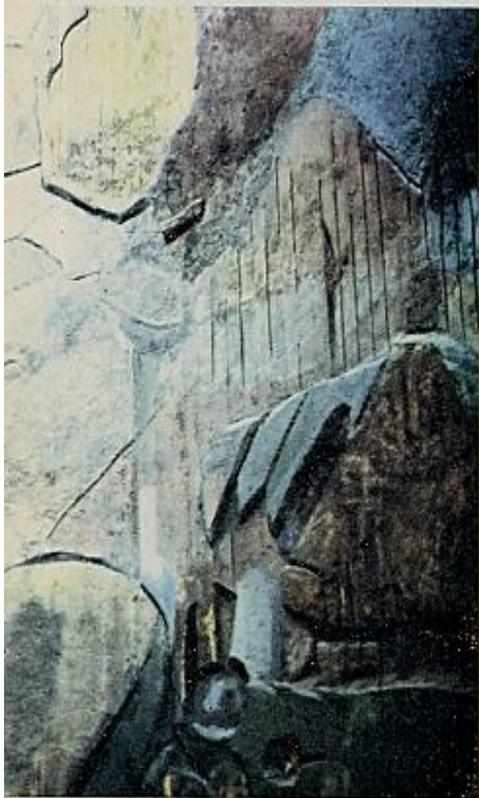
Este es Lucio Muñoz. En él centra el arte actual de España uno de sus máximos orgullos y una de sus mayores pretensiones. Un hombre joven —treinta y tres años— capaz de arropar al arte, por amor a la verdad de las cosas, por fidelidad —tan española— a las cosas del ser real, con las galas más resplandecientes.

ARANZAZU



La obra nueva de la basílica de Aranzazu es, por su dimensión infrecuente en el arte, de visión obligada al cuidado y atención mayor. En su unidad constituye un mundo de detalles, como se ve aquí, ejemplo de buen hacer y mejor sentir. Una visión nueva de las cosas de la realidad trae a la pública curiosidad esta obra de Lucio, que

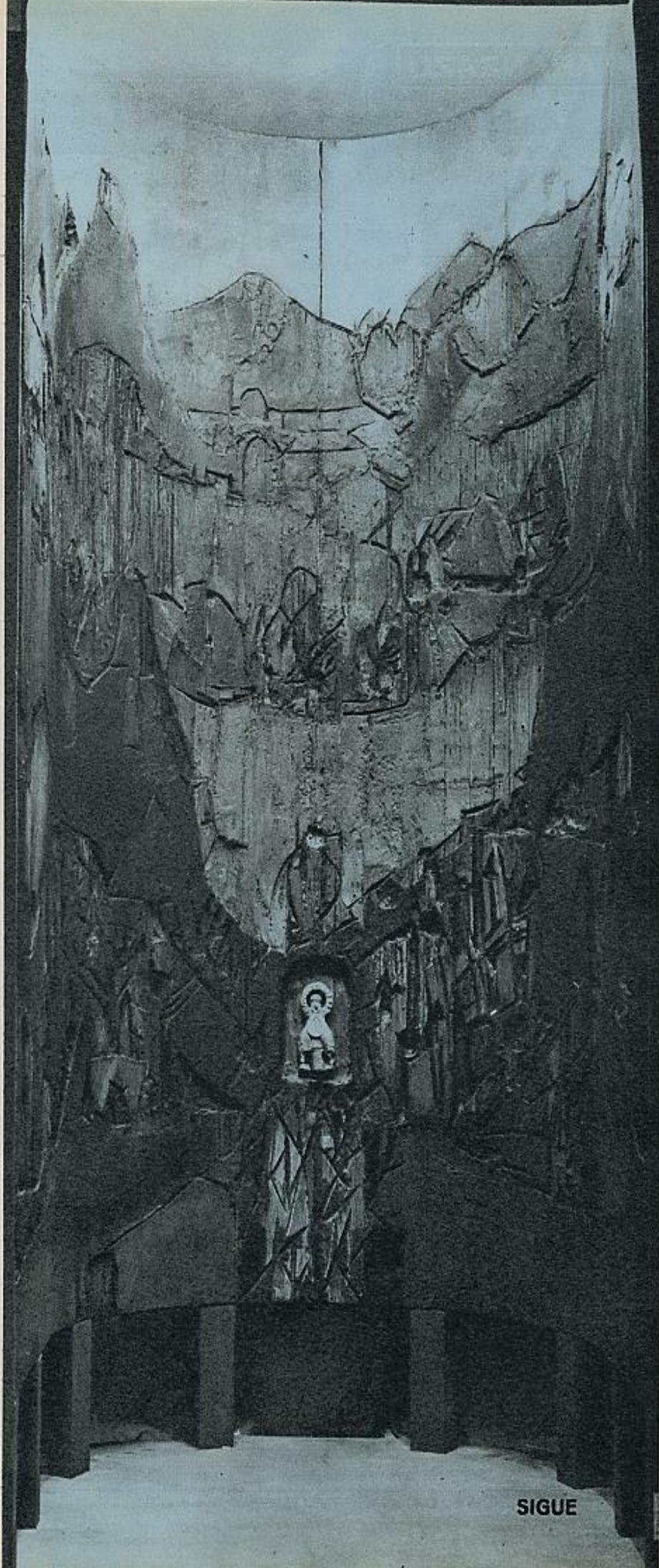




insólito en el panorama actual de las artes; en sus
hace de Aránzazu, desde hoy, capital de las artes.

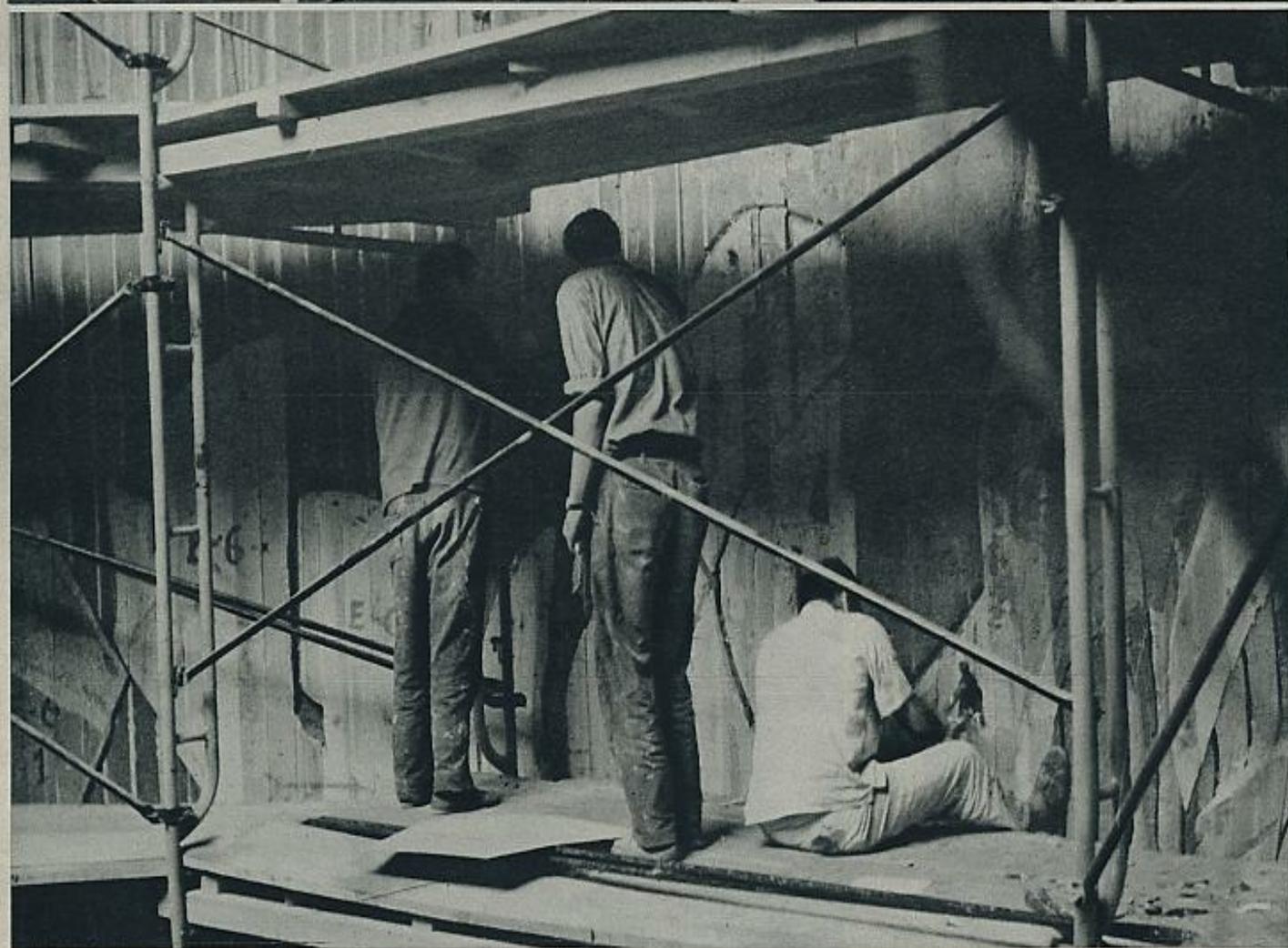
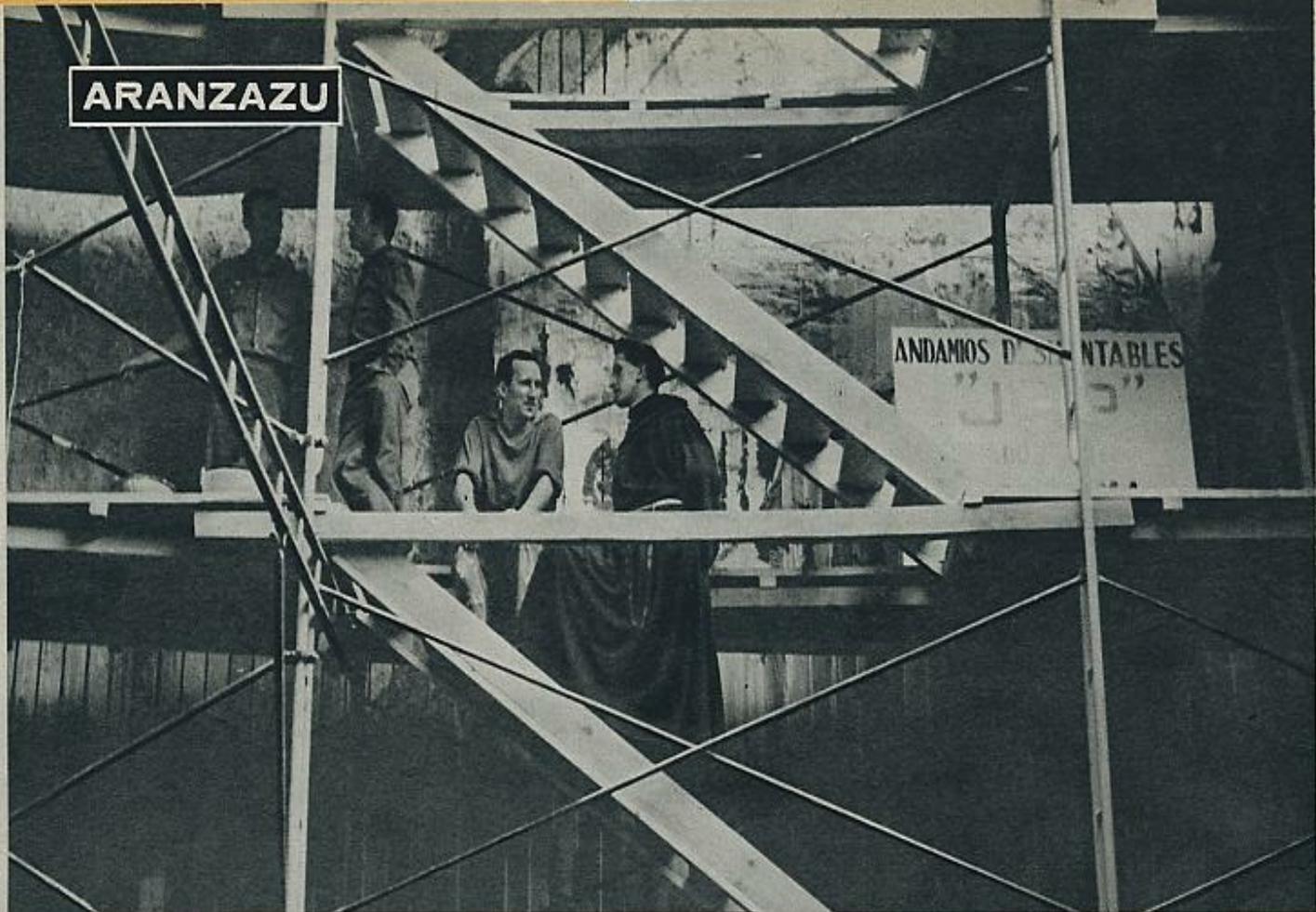


Fue obra de titanes la decoración de la basílica.
Que lo diga quien sepa de los pintores que acaba-
ron en acto de servicio, caídos desde la altura al
fallar un pie. Aquí se iba a dar realidad a la meque-
ta que ofrecemos a la derecha de estas páginas.



SIGUE

ARANZAZU



Veintiséis metros de altura en el andamiaje, distribuido en once pisos, fueron necesarios para llevar a la realidad del arte el proyecto mural de Lucio Muñoz. Fatiga y descanso, mirar y remirar, tallar y pintar, consumieron meses. El pintor, los ayudantes —Joaquín Ramo, pintor, y Julio López, escultor— y un visitador de la obra, de la familia franciscana de Aranzazu, se muestran aquí a nuestra curiosidad, en la intimidad creadora del más gigantesco mural de arte realizado hasta hoy en el mundo.

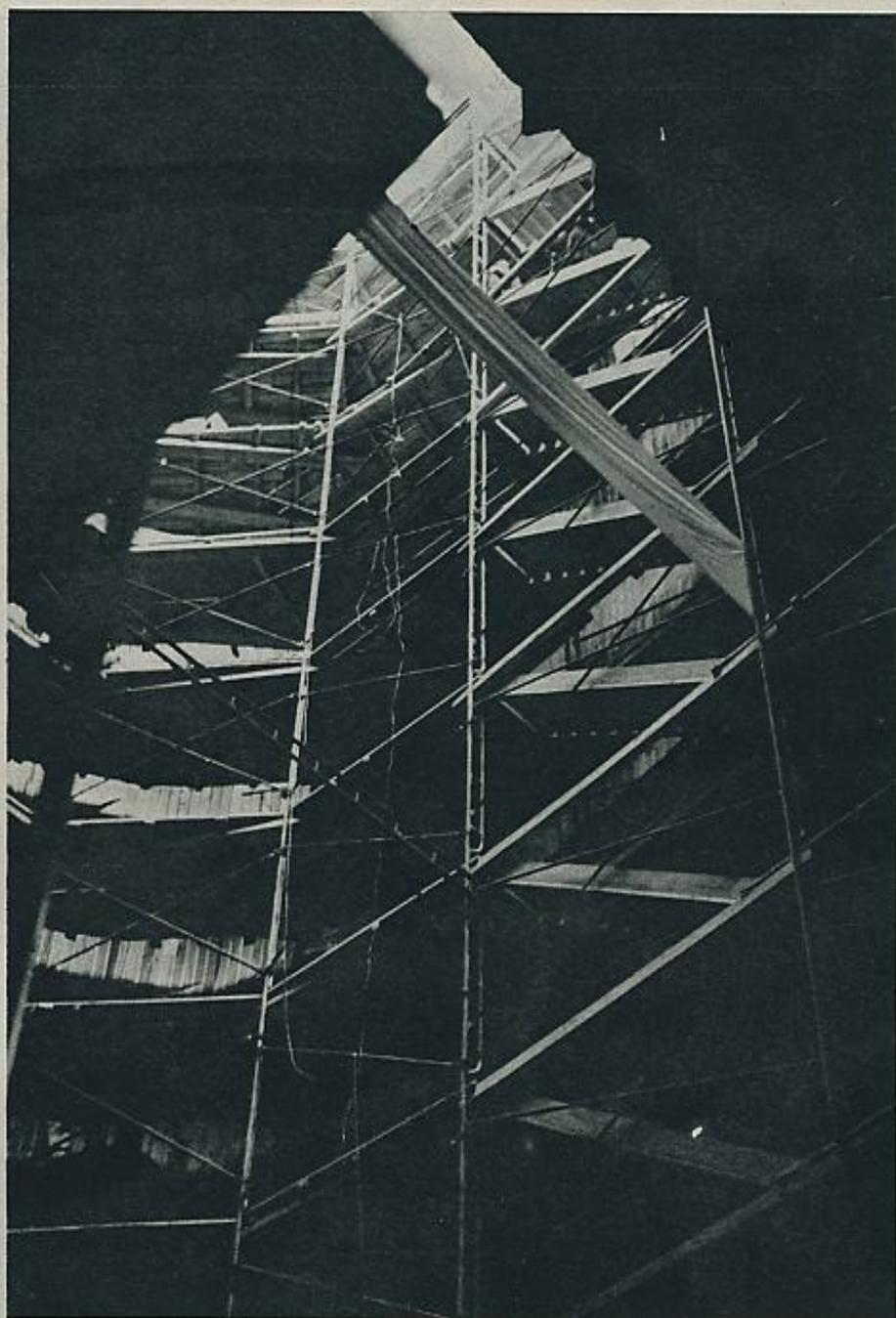
quía de arquitectura exigida por el amor de los hombres del país. El nuevo Aránzazu fue encomendado al saber de dos arquitectos jóvenes, Luis Laorga y Francisco Javier Sainz de Oiza, puntales hoy de la mejor arquitectura nacional. La obra comenzó hace trece años, un 9 de septiembre, fiesta de la Patrona. Cinco años después, en 1955, se abrió al culto la nueva basilica monumental.

Con Oiza y Laorga colaboraron en la decoración de Aránzazu, Eduardo Chillida, que proyectó las grandes puertas; el escultor Jorge Oteiza, Carlos Pascual de Lara, pintor, fallecido ya, y Néstor Basterrechea, pintor también. A Oteiza se encomendó la plástica del exterior, a Lara la pintura absidal y a Basterrechea la decoración de la cripta, pero ni el escultor ni los pintores dieron fin, por causas diversas, algunas no del todo explicables, a la obra de Aránzazu, y así fue la basilica falta de tres de sus más importantes apoyos durante años, hasta que los franciscanos de Aránzazu convocaron en 1961 nuevo concurso para la decoración del ábside basilical, que fue el más asombroso concurso del tiempo moderno, porque por él se concedía a los concursantes la máxima libertad en lo referente a técnica, material, motivo anecdótico y demás causas que moviesen la inspiración artística. La decoración de Aránzazu habría de ser, en la intención de las jerarquías franciscanas, la más bella oportunidad brindada al artista español contemporáneo. Aránzazu, abierto a los más puros aires serranos, estaba por igual abierto a los atrevimientos más audaces del arte de nuestra cultura.

el mundo y la realidad

Sólo una cosa podía hacer temblar aquí a los más arrojados: el tamaño de la obra solicitada, que, con sus seiscientos veinticinco metros cuadrados de extensión, en una sola pieza, habría de convertirse en el mural más grande del mundo. A la pelea, que se efectuó hace un año en Madrid, concurren cuarenta y nueve artistas. Antes del fallo del jurado, quien esto escribe anunció en su crítica del concurso:

«Lo que Lucio ha traído a esta obra de Aránzazu es la realidad misma que impone en todas sus invenciones singulares; la realidad del mundo de siempre entendida por los signos obligados al sentir de nuestra cultura. La realidad de lo que por ser al alcance de nuestra mano, adquiere condición insólita; se señala como de sueño a muchos ojos. Pero la realidad en Lucio va por la piel o se mete en su misma entraña, su tactilidad acaricia las cosas o les clava la reja del arado o el afilado corte del azadón o la hiriente extremidad de la pica, y así brota de ellas su intimidad como si fuera sangre. La pintura de Lucio anda por su personalísimo carril; su fuerza adquiere al contemplar de sus logros pictóricos dimensión cósmica. Pero con ello, con este pesar de la hondura del ser manifestada en sus invenciones, se impone en ellas una ternura inefable; el cálido respirar de la sensibilidad más extrema. Es una pena —aunque yo no lo lamente— no saber decir esas cosas bellas, literariamente perfectas, con que se retratan tantas veces las creaciones artísticas del hombre, porque ellas vendrían aquí muy bien. A mí no me queda otra posibilidad que explicar la pintura de Lucio en la elementalidad de sus aciertos, que no son pocos, averiguando la intensidad de su significación. En la obra de Aránzazu, Lucio Muñoz rinde homenaje al paisaje y al hombre, fundiéndolos en el misterio de las enunciaciones divinas. Tiene la fuerza de un mensaje bíblico y la simplicidad de las armonías celestes. Parece como el nacer de las cosas al mundo y a la vida, en su inocencia y en su dimensión más dramática. Sobrecoge siempre y ciertamente está en su verdad al significar que la realidad de nuestra vida —y por ello la realidad de nuestro arte— se



Detrás de esta obra de ingeniería se oculta la realidad nueva del arte mural de Aránzazu. Aquí se activó la vida de tres hombres durante varios meses, con fatiga y riesgo continuo. Obra insólita en el tiempo actual.

apoya en roca viva, como de antiguo, pero afirmada en las cavilaciones propias de nuestro sentir. Esta pintura, aun yo que no soy aficionado a las profecías, anuncio que va a dar que hablar.»

¿quién es lucio muñoz?

Pocos días después, el jurado daba como vencedor por unanimidad un nombre: Lucio Muñoz.

Pero, ¿quién es Lucio Muñoz? Para empezar, uno de los capitanes de la pintura española de avanzada. Lucio nació en Madrid en diciembre de 1929. Es, pues, hombre que cuenta en la actualidad treinta y tres años. En 1949 ingresó en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Terminados sus estudios —realizados con ese aprovechamiento que hace de un expediente académico brillante hoja de presentación pública— se trasladó a París, en donde vivió durante meses. Desde

entonces ha viajado por Europa y América. Su primera exposición individual se realizó en 1957 en la Galería Fernando Fe, de Madrid; la última, este mismo año en Nueva York. Sus obras se muestran hoy en los más importantes museos del mundo. Está casado con la pintora Amalia Avila y es padre de dos niños. Vive y trabaja habitualmente en Madrid.

Este es el hombre. Pero con el hombre está su obra. El mural de Aránzazu supuso para Lucio Muñoz el más alto logro de su ambición de pintor. Una obra gigante para un mozo arrojado en extremo; un mundo en el cual el vacío a llenar era la máxima extensión concedida en el tiempo a una obra de arte. Lucio tomó un día la maqueta de su invención, la subió al coche, tomaron asiento en él, con el pintor, el pintor Joaquín Ramo y el escultor Julio López, que iban a trabajar con Lucio en la obra gigante, y allá se marchó el equipo

(Concluye en la página 70)

(Viene de la página 25)

camino de Aránzazu. Esto ocurrió en los meses del último verano. Hace unos días se concluyó la obra con la instalación de dos púlpitos a ambos lados del presbiterio, creados también por Lucio.

la obra

«Antes de proyectar la obra pensé que una visita a Aránzazu aclararía si mis posibilidades expresivas eran afines a la obra ya realizada allí y al ambiente que la circundaba. El viaje fue decisivo para las dudas que me dominaban entonces; la naturaleza de Aránzazu habla con tal fuerza, que ella resolvió la parte mayor de mis dudas. Un mundo tan grandiosamente poético y de una tal religiosidad, encajaba a la perfección en mi mundo expresivo y en mi natural manera de hacer. El interior de la basílica me pareció por su forma, su luz y su ambiente, el marco ideal para mi pintura.»

Esta pintura ha utilizado medios simbólicos sencillos y fáciles de captar, aunque no sea en visión figurativa a la manera clásica. Lo que se ha pretendido reflejar, dentro de una impresión de extrema serenidad espiritual, es la visión trascendida del paisaje de Aránzazu y Guipúzcoa, situando en él la exaltación espiritual de Nuestra Señora. Una visión nueva de cosas de viejo conocidas y amadas.

el trabajo

No fue cosa de coser y cantar la obra del ábside de Aránzazu. Lucio y su equipo hubo de construir un andamio de veintiséis metros de altura, dividido en once pisos, que permitiera la realización del mural. Hubo que preparar cincuenta y cinco metros cúbicos de madera destinados a la confección de la obra; tallarla y pintarla, empleando en tal labor quinientos kilos de pintura, ochocientos kilos de acetato polivinilo de resina, setenta litros de aguarrás, diez sacos de aserrín, cuatrocientos metros de papel en que realizar los dibujos preparatorios... El trabajo costó alrededor de cuatro mil horas de labor, de agobio de Lucio Muñoz y sus colaboradores.

Y un día se dio fin a la obra y se abrió a la curiosidad del hombre. Allí estaba Aránzazu y su mundo, su milagro y su fe. En seisientos y más metros de madera tallada y pintada, abierta y luminosa, como un canto nuevo al ser de la religiosidad del hombre por el arte, se abrió para los ojos asombrados del contemplador la realidad de las cosas al entender de nuestro sentir contemporáneo. Una realidad que es para ver y soñar a un tiempo, franca al asombro y al goce de este sorprendente Aránzazu de hoy, por el saber de pintor de Lucio, capaz de conceder al arte español la capitania de una de las conquistas mayores del arte universal contemporáneo.

Un mundo nuevo. La obra de Lucio maravilla. En el concierto general de alabanzas, se oye la voz del sacristán de Aránzazu:

—Usted me dirá, señor pintor, cómo puedo explicar a los visitantes lo que representan estas cosas extrañas que puso usted aquí.

—Dígalas usted que representan la paz.

—¡Ah!, sí, la paz: ¡Entendido!

JOSE DE CASTRO ARINES

(Fotos MASATS y HENECE)

JUGANDO CON EZEQUIEL

Por FRANCISCO DIAZ VELAZQUEZ

El niño tiene la vista clavada en el plato, y come lentamente. El niño se lleva una mano a la cara y se acaricia, furtivo, la mancha rojiza de la mejilla.

—¡Dale! ¡Dale!

Alvaro corrió hasta ocultarse tras el viejo eucalipto que crecía solitario al extremo del bosque; Eugenio, Pablo y Alejandro, tiraron sus piedras, mientras Alvaro corría, para protegerlo.

Ahora, las piedras de los otros volvían a caer. El niño oyó el golpe del guijarro contra la tierra, a su lado, y se corrió más a la izquierda, hasta que su hombro tocó con el de Ezequiel. Estaban tendidos detrás del montón de piedras, con los cuerpos pegados a la tierra seca. El niño los vio venir. Corrían. El niño los vio venir a todo correr.

—¡Cuidado, que vienen!

Pero ya estaban allí, encima. Ezequiel se puso en pie de un salto y la piedra salió, zumbando, de su mano. El zagal del pantalón gris pudo evitarla. Alvaro sintió el golpe en la nuca, y se desplomó.

—Le has dado a Alvaro —dijo el niño; pero el zagal del pantalón gris estaba ya encima. El niño sintió el puño estrellarse contra su mejilla, y se quedó sentado en el suelo, viéndolo todo a través de unos bailarines puntos de colores.

El niño deja la cuchara en el plato vacío y escucha, distraídamente, al hermano mayor que habla. Ahora el teléfono suena, y el niño se estremece. La madre descuelga, y el niño escucha, sintiendo cómo el corazón le late descompasadamente, desesperadamente.

—Sí, ya ha llegado... No sé, yo no lo he visto. ¿Qué?... ¡Ah, sí!, sí... espera, voy a preguntarle.

La madre, con el auricular en la mano, se vuelve hacia el niño:

—¿Sabes dónde está Alvaro?

—No —al niño le temblan las rodillas debajo de la mesa.

—¿No le has visto esta tarde?

—No.

La madre vuelve a hablar por teléfono, pero el niño ya no la oye. Cuando se despide —sí, sí, descuida— cuelga el auricular y vuelve a sentarse.

—Era la madre de Alvaro —dice—; preguntaba si estaba aquí. Por lo visto todavía no ha llegado a cenar.

El niño se toca las manos heladas mientras la muchacha le cambia el plato. Mira a sus padres y siente una pena enorme. El niño se siente viejo y lleno de secretos; se siente profundamente malo, y piensa que ya no podrá volver a besar a la madre, que está desterrado para siempre del mundo luminoso del hermano mayor. El niño siente un deseo irrefrenable de correr a esconderse contra el pecho de la madre, para huir de aquel miedo que aletea a su alrededor como un enorme murciélago. «Ezequiel —piensa— lo arreglará todo.» Pero siente que se está engañando, que Ezequiel no arreglará nada. Y vuelve a pensar obstinadamente: «Ezequiel lo arreglará todo. Y se siente mucho más tranquilo. Le daban miedo los ojos de Ezequiel, tan negros. Pero Ezequiel lo arreglaría. El niño se alisa con la mano el rubio pelo, y termina de comerse el pescado. No tiene ganas de comer. Por un momento siente deseos de vomitar. La comida se le detiene en la garganta, y tiene que hacer un esfuerzo para tragarla. El niño quiere

irse al cuarto. Quiere esconderse. Quiere perder de vista los ojos serenos del hermano.

Cuando se va a la cama —niño, ¡tápate bien, que va a hacer frío— el niño siente de pronto una angustia insufrible. Cierra la puerta de la habitación por dentro, y las manos heladas le temblan de frío y de miedo. Saca del armario un chaleco y se lo pone. Después se sienta en la cama, y piensa que cuando oiga el silbido acabará todo aquello. Piensa en Ezequiel y vuelve a sentir miedo. Tiene la impresión de estar solo en medio de una inmensa llanura y siente deseos de llorar. «Ezequiel —piensa— tendrá un plan. Ezequiel arreglará todo esto.»

Después, cuando los niños del pueblo se hubieron retirado, se dieron cuenta de que Alvaro seguía en el mismo sitio, al pie del eucalipto, con aquella postura, forzada y rota, que tomó al caer. Ezequiel, cojeando, se acercó a él:

—Alvaro —llamó—; ¡Alvaro!

Los demás lo rodearon en silencio. Algo tremendo, algo monstruoso se iba apoderando poco a poco de ellos. Apartaron la vista del cuerpo fascinante de Alvaro y se miraron. Ezequiel estaba muy pálido. Se agachó y sacudió un hombro de Alvaro. La cabeza del niño se bamboleó, vencida, de un lado a otro, y después volvió a quedar inmóvil, con aquella terrible mancha roja de la nuca. A Ezequiel le temblaba mucho la voz cuando dijo:

—Me parece que está muerto.

Alejandro rompió a llorar de repente. El niño sintió que se le rompía algo muy dentro ante la confirmación de lo oscuramente presentido. Deseó que Alvaro se pudiese en pie de pronto, y que todo hubiese sido un juego. Pero Alvaro estaba allí, profundamente pálido, profundamente inmóvil. Ezequiel, decidido de pronto, los llamó.

—Venid.

Lo siguieron hasta el montón de piedras. Aun desde allí, la postura grotesca de Alvaro les infundía un supersticioso temor. Formaban un extraño grupo, en el bosque lleno de verdor y de silencio, bajo la luz rojiza del atardecer. Alvaro, al pie del eucalipto, semejaba un muñeco roto y antiguo. Temía una invencible tristeza en su figura. Ezequiel se quedó de pie, y los demás se sentaron en las piedras. Alejandro seguía llorando. Ezequiel ordenó:

—¡Cállate! —Se pasó una mano por el suave pelo negro, y los miró fijamente antes de empezar a hablar. El niño notó que a Ezequiel le temblaban las piernas, aquellas piernas, largas y nerviosas, que el pantalón, muy corto, dejaba al descubierto.

—Alvaro está muerto —dijo—. No podemos decir que lo hemos matado nosotros. Iremos a la cárcel, y nos ahorcarán. Tenemos que decir que Alvaro no ha estado esta tarde con nosotros. No puede enterarse nadie de que Alvaro ha estado aquí, por que entonces nos ahorcarán.

Ezequiel calló. Los niños lo escuchaban ávidamente. Trazó sobre la tierra una cruz, y dijo:

—Ahora vamos a jurar un juramento que yo sé. Tenemos que decir: «Que ma vaya al infierno en el momento que diga que he estado con Alvaro esta tarde.»

Todos repitieron la frase, poniendo la temblorosa mano sobre la cruz. Cuando terminaron, Ezequiel dijo:

—Ya sabéis: si decís que habéis visto a Alvaro esta tarde, os moriréis e iréis al infierno. Es lo que pasa cuando se falta a un juramento de esta clase. Ahora, ayudadme —señalaba a Alvaro—; hay que esconderlo.